Mozambique

Educar para reconstruir la esperanza

Mozambique está situado en el sureste de África y cuenta con una extensa costa bañada por el océano Índico. Es un país de gran riqueza natural y cultural, con una población muy joven y mayoritariamente rural. Sin embargo, existen profundas desigualdades entre el sur, donde se encuentra la capital, y las regiones del centro y del norte.

Mozambique es un país diverso. En su territorio conviven numerosos pueblos, lenguas, tradiciones y formas de vida. La agricultura y la pesca son fundamentales para muchas familias, mientras que sus reservas de gas, carbón y otros minerales despiertan un creciente interés económico internacional.

El país también está muy expuesto a ciclones, inundaciones y sequías. Estos fenómenos agravan la pobreza y dificultan el acceso a la alimentación, la vivienda, la salud y la educación, especialmente en las comunidades rurales.

Desde 2017, la provincia norteña de Cabo Delgado sufre un conflicto armado que ha provocado muertes, destrucción y desplazamientos de población. Allí se encuentran las presencias escolapias de Metoro y Minheuene, directamente relacionadas con este contexto. Más al sur, en la provincia de Nampula, se encuentra Nacala, una presencia alejada del principal foco del conflicto, pero situada en una región que también recibe población desplazada y afronta sus consecuencias sociales.



Capital	Maputo
Población	35,6 millones de habitantes (2025)
Superficie	Aproximadamente 800.000 km^2, algo más de una vez y media España
Lengua oficial	Portugués
Lenguas indígenas	Más de veinte, entre ellas macua (hablado en las presencias escolapias), maconde, elomwe, echuwabo, suajili.
Organización territorial	Diez provincias y la ciudad de Maputo, con rango provincial
Moneda	Metical
Independencia del país	25 de junio de 1975
Inicio de la presencia de las Escuelas Pías	2016
Inicio de Itaka-Escolapios	2017

1. ¿Por qué existe el conflicto?

Cabo Delgado, en el norte de Mozambique, es una provincia rica en recursos naturales, pero gran parte de su población vive en condiciones de pobreza. En su territorio se encuentran importantes yacimientos de gas natural, rubíes, grafito y oro, cuya explotación ha atraído grandes inversiones y empresas internacionales.

En la cuenca del río Rovuma se descubrieron algunas de las mayores reservas de gas natural de África. La provincia también alberga una de las explotaciones de rubíes más importantes del mundo y dispone de grafito, un mineral fundamental para la fabricación de baterías. Sin embargo, esta riqueza no se ha traducido en una mejora equivalente de las condiciones de vida de la mayoría de la población.

La explotación de estos recursos está protagonizada por grandes empresas internacionales. TotalEnergies lidera el proyecto Mozambique LNG en la península de Afungi, mientras Eni y ExxonMobil participan en otros proyectos de la cuenca del Rovuma. La construcción de estas instalaciones ha requerido grandes extensiones de terreno y el reasentamiento de comunidades, algunas de las cuales han perdido tierras agrícolas o el acceso a zonas tradicionales de pesca. Aunque las empresas han establecido indemnizaciones y programas sociales, es cuestionable que los beneficios del gas hayan llegado suficientemente a la población local.

Muchas comunidades continúan teniendo dificultades para acceder a la educación, el empleo, la atención sanitaria, el agua y otros servicios básicos. Además, algunos proyectos extractivos han provocado disputas por la tierra, desplazamientos y restricciones sobre actividades tradicionales como la agricultura, la pesca o la minería artesanal. La percepción de que los beneficios quedan principalmente en manos de las élites y de las empresas, mientras los costes recaen sobre las comunidades, ha alimentado el descontento.

En este contexto surgió Ahlu Sunna Wal Jama'a, conocido también como Ansar al-Sunna. Sus orígenes se encuentran en un movimiento religioso radical que fue ganando presencia durante los años anteriores al conflicto. En octubre de 2017 inició la lucha armada con ataques en Mocímboa da Praia. Posteriormente extendió sus acciones a otros distritos de Cabo Delgado, estableció vínculos con el Estado Islámico y aumentó su capacidad para atacar localidades, controlar temporalmente territorios y reclutar jóvenes.

El grupo armado ha aprovechado diferentes problemas existentes en la provincia:

- La pobreza y las profundas desigualdades entre el norte y otras zonas del país.
- La falta de empleo y de oportunidades para una población mayoritariamente joven.
- La exclusión de las comunidades locales de los beneficios generados por los recursos naturales.
- Los conflictos por la tierra y la pérdida de algunos medios tradicionales de vida.
- La debilidad de los servicios públicos y la desconfianza hacia las instituciones.
- Los abusos, la corrupción y la respuesta insuficiente o inadecuada de las autoridades.
- La difusión de una ideología extremista que justifica la violencia y facilita el reclutamiento.

Ante el avance de la insurgencia, el Gobierno de Mozambique recibió apoyo militar extranjero. Intervinieron empresas militares privadas y, posteriormente, fuerzas de Ruanda y de la Comunidad de Desarrollo de África Austral (SADC). Estas intervenciones permitieron recuperar algunas localidades y proteger a la población, las infraestructuras y diferentes zonas estratégicas, entre ellas las vinculadas a los proyectos gasísticos. Sin embargo, no han eliminado las causas sociales, económicas y políticas del conflicto.

Aunque la insurgencia utiliza una interpretación extremista del islam, no se trata de una guerra entre musulmanes y cristianos. La violencia afecta a personas de distintas religiones y las comunidades musulmanas también han sido víctimas de los ataques. Presentar el conflicto exclusivamente como una disputa religiosa ocultaría la relación entre radicalización, pobreza, desigualdad, exclusión política y explotación de los recursos naturales.

Por ello, la respuesta no puede ser únicamente militar. Construir una paz duradera requiere proteger a la población, garantizar sus derechos, mejorar los servicios públicos, permitir que las comunidades participen en las decisiones sobre sus territorios y ofrecer a la juventud educación, empleo y oportunidades de futuro.



2. Situación actual y consecuencias

Aunque las fuerzas de Mozambique, apoyadas por tropas extranjeras, han recuperado algunas localidades, el conflicto no ha terminado. Los grupos armados continúan realizando ataques contra poblaciones civiles y objetivos militares. La inseguridad cambia con rapidez: algunas familias regresan a sus comunidades, mientras otras tienen que huir de nuevo.

Cabo Delgado sigue siendo el centro del conflicto, pero durante 2025 la violencia se extendió también a zonas de la vecina provincia de Nampula. En noviembre de ese año, los ataques provocaron el desplazamiento de más de 100.000 personas en el norte del país. Aproximadamente dos tercios eran niños y niñas. Las presencias de Metoro y Minheuene se encuentran, por tanto, en una provincia directamente afectada, mientras que Nacala se sitúa en una región que recibe población desplazada y donde también ha aumentado la inseguridad.

Las principales consecuencias son:

- Pérdida de vidas y desplazamientos: cientos de miles de personas han tenido que abandonar sus hogares, algunas en varias ocasiones.
- Destrucción de comunidades: viviendas, cultivos, mercados, centros de salud y escuelas han sido dañados, destruidos o abandonados.
- Hambre y pobreza: muchas familias han perdido sus tierras, sus herramientas de trabajo y sus medios de vida.
- Dificultades para acceder a servicios básicos: la inseguridad limita el acceso al agua, la alimentación, la salud, la educación y la protección.
- Riesgos para la infancia: niños y niñas sufren separaciones familiares, violencia, secuestros, explotación y reclutamiento por grupos armados.
- Miedo y consecuencias emocionales: haber presenciado la violencia o huido repentinamente puede provocar ansiedad, tristeza y dificultades para recuperar una vida cotidiana.

Presión sobre las comunidades de acogida: las poblaciones que reciben a las familias desplazadas comparten unos recursos y servicios que ya eran insuficientes.

A la violencia se suman los efectos de los ciclones, las inundaciones y las epidemias, que destruyen infraestructuras y aumentan la inseguridad alimentaria. Por ello, Mozambique afronta una crisis en la que el conflicto, la pobreza y las emergencias climáticas se refuerzan entre sí. Según la OIM, en abril de 2025 había más de 600.000 personas desplazadas internamente en el país y alrededor del 70 % se encontraba en Cabo Delgado.



3. La educación en medio del conflicto

La violencia ha interrumpido la educación de miles de niños, niñas y jóvenes. Algunas escuelas han sido atacadas, dañadas o utilizadas para alojar temporalmente a familias desplazadas. Otras han cerrado porque el alumnado y el profesorado han tenido que huir o porque desplazarse hasta ellas no resulta seguro.

En 2024, más de cien escuelas de Cabo Delgado y Nampula tuvieron que cerrar temporalmente por la inseguridad, lo que afectó a más de 50.000 estudiantes. En los lugares de acogida, las escuelas reciben alumnado desplazado sin contar siempre con suficientes aulas, docentes o materiales. Algunas clases llegan a reunir a cerca de cien estudiantes por docente.

El desplazamiento puede provocar la pérdida de cursos completos. Muchas familias huyen sin poder llevar documentos, uniformes, cuadernos o libros. En las zonas de acogida, la falta de plazas y la saturación de los centros dificultan su incorporación al sistema educativo. En el barrio de Ontupaia, en Nacala, más de 21.000 niñas, niños y adolescentes en edad escolar cuentan con solo seis centros educativos. La pobreza y la necesidad de colaborar en el sostenimiento familiar también dificultan el regreso a las aulas. Las niñas afrontan riesgos añadidos, como el abandono escolar, el matrimonio temprano o diferentes formas de violencia.

Además, el miedo, la pérdida de familiares y los desplazamientos repetidos afectan a la capacidad para aprender y relacionarse. Por eso, no basta con reabrir las aulas: también es necesario ofrecer acompañamiento emocional, espacios seguros y una atención educativa adaptada a las experiencias vividas.

En este contexto, la escuela es mucho más que un lugar donde estudiar:

- Recupera rutinas y aporta estabilidad.
- Protege frente a la violencia, la explotación y el reclutamiento.
- Facilita la convivencia entre la población local y la desplazada.
- Ayuda a reconocer y resolver los conflictos sin recurrir a la violencia.
- Ofrece conocimientos y oportunidades para construir un futuro diferente.

Mantener las escuelas abiertas y seguras es, por tanto, una forma de proteger a la infancia y de construir la paz. La educación puede ayudar a superar el miedo, combatir los discursos de odio y fortalecer comunidades capaces de convivir y afrontar juntas las consecuencias del conflicto.

4. La respuesta de Itaka-Escolapios y las Escuelas Pías

Las Escuelas Pías de Emaús e Itaka-Escolapios están presentes en el norte de Mozambique. Su labor combina educación, acompañamiento pastoral y desarrollo comunitario. Se realiza junto a las comunidades locales, con especial atención a la infancia, la juventud y las familias más vulnerables.

Minheuene, Cabo Delgado	Hasta los ataques de 30 de abril de 2026, escuela infantil con capacidad para 200 niños y niñas de 4 a 6 años, que ofrecía desayuno y comida; Movimiento Calasanz; y un proyecto agrícola y ganadero en el que participaban más de cien personas, especialmente mujeres. Además, atención pastoral a otras 33 aldeas de la zona.
Metoro, Cabo Delgado	Acompañamiento de la parroquia y de más de 40 comunidades; atención a una escuela infantil y apoyo a los centros de primaria y secundaria; colaboración con un centro de salud que trabaja frente a la desnutrición infantil y materna. Casa de formación provisional para el noviciado, que ha impulsado un grupo de voluntariado de Itaka-Escolapios para trabajar con la infancia y la juventud de la parroquia y promover el diálogo interreligioso y la paz.
Nacala, Nampula	Acompañamiento pastoral y juvenil en cinco comunidades y formación de jóvenes escolapios. En el barrio de Ontupaia, cuya parroquia llevan los escolapios, se está construyendo una escuela comunitaria con especial atención a la escolarización de niñas, que comenzará en su primera fase en primaria 2027. El programa combinará educación formal y no formal, formación del profesorado, protección de la infancia y acompañamiento a familias desplazadas y vulnerables. Además próxima puesta en marcha de la escuela infantil en San Rafael, una de las comunidades.

Una respuesta ante la violencia y el desplazamiento



Los ataques de los grupos armados afectan a numerosas comunidades de Cabo Delgado y se han extendido también a algunas zonas de Nampula. La violencia obliga a las familias a abandonar sus hogares, interrumpe la educación y destruye viviendas, escuelas, centros de salud, cultivos y otros medios de vida. La inseguridad también dificulta el regreso de la población y la recuperación de las comunidades. Las presencias de Minheuene y Metoro, en Cabo Delgado, desarrollan su misión dentro de este contexto de violencia. Nacala, en Nampula, se encuentra más alejada del principal foco del conflicto, pero su provincia recibe población desplazada y también ha sufrido ataques.

Esta realidad alcanzó directamente a la misión escolapia de Minheuene el 30 de abril de 2026. La iglesia, la escuela infantil y la casa de la comunidad quedaron prácticamente destruidas, y también fueron dañados el centro de salud, la escuela primaria y distintas viviendas. La población tuvo que huir y buscar refugio en los bosques cercanos. Ante los ataques y los desplazamientos, las Escuelas Pías de Emaús e Itaka-Escolapios mantienen su compromiso de acompañar a las comunidades y responder a sus necesidades. Esta respuesta no consiste solamente en reconstruir edificios: supone recuperar la educación, la alimentación y los medios de vida, ofrecer espacios seguros y fortalecer los vínculos comunitarios. Permanecer junto a la población, escucharla y colaborar en su recuperación es también una forma de resistir frente a la violencia y seguir construyendo la paz.